

IN MEMORIAM

DARIO COMPOSTA

El padre Dario Composta, salesiano, nació en Verona en 1917, y cursó sus primeros estudios entre Padua y Trento, completándolos en el Liceo de Turín. Entretanto, a los dieciséis años, había ingresado en la congregación salesiana, haciendo los primeros votos en 1934 en la localidad de Este, cerca de Padua. En 1938 comienza a estudiar filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma, prolongando esos estudios –tras un paréntesis al que inmediatamente haremos referencia– en la Universidad Salesiana de Turín entre 1946 y 1958, período en que obtuvo las licenciaturas en filosofía y en derecho canónico. Entre 1939 y 1946 sufrirá una intensa experiencia, pues ido a la India para enseñar filosofía teórica, terminará en un campo de concentración inglés, en el que tras humillaciones sin cuento, no sólo determinadas por la dureza de la situación, sino también causadas por su indisimulada vocación religiosa, será ordenado sacerdote en 1945. De nuevo en Italia en 1946, como ha quedado dicho, y mientras sigue en la forma indicada sus estudios filosóficos y jurídicos, inicia en Turín en 1950 la enseñanza de la historia de la filosofía antigua. Luego, ya en Roma, en el Ateneo Pontificio Salesiano (hasta 1972) y, sobre todo, en la Universidad Urbaniana (entre 1972 y 1988), en la que fue decano de la facultad de filosofía (1978-1980) y vicerrector (1983-1985), enseñará filosofía moral y derecho canónico. Entre las numerosas asociaciones a que perteneció debemos destacar la Academia Pontificia de Santo Tomás, de la que fue siempre activo socio hasta poco antes de su muerte, en que tuvo lugar una importante reorganización de la misma –que tengo la impresión no le satisfizo mucho–, el Instituto Internacional de Estudios Europeos «Antonio Rosmini» de Bolzano y la Asociación de Canonistas, de cuya sección italiana ocupó la vice-presidencia en el trienio 1979-1982. Fue igualmente consultor de la Congregación de los Santos, donde trabajó con intensidad, con consecuencias para su propia salud, interviniendo por ejemplo en la causa del padre Pío de Pietralcina, recientemente canonizado.

Le recuerdo perfectamente, alto, de cierta corpulencia, elegante *ma non troppo* con su sotana, de voz bien timbrada y acogedora. Lo encontré por primera vez en Bolzano el año 1982, con motivo de mi primera visita al Instituto Rosmini de Bolzano. Yo no conocía a nadie, excepto al amigo Aldo Penasa, que había facilitado mi presencia en tal sede, pues se trataba de la primera que acudía a la reunión, invitado por el profesor Danilo Castellano, que entonces era poco más que un nombre para mí. Allí, en el Palazzo Mercantile y en el viejo Hotel Città —antes de su actual y discutible refacción—, comencé a conocer a un grupo de colegas que me trataron con gran señorío y amabilidad: Francesco Gentile, Pietro Grasso, desde luego el propio Danilo Castellano, Wolfgang Waldstein —entonces presidente—, Thomas Chaimowicz y el padre Composta. Éste hablaba un castellano magnífico, que le gustaba practicar, y en una mesa del comedor situada en la esquina, cercana a la chimenea —de función predominantemente decorativa, por lo menos en la estación otoñal primeriza en que nos hallábamos—, solíamos almorzar o cenar hablando de lo divino y humano. Estanislao Cantero, que comenzó a frecuentar uno o dos años después las reuniones del Instituto Rosmini, hizo también inmediatamente amistad con el padre Composta, y se convirtió en uno de los comensales de la mesa de —como dicen a la italiana— Don Composta. Así solió ser mientras su salud no le impidió acudir a Bolzano. Los últimos años, pese al gran cariño que tenía por el Instituto —no debe olvidarse que fue ponente en trece de sus congresos internacionales—, y pese a permitirle pasar por su querida Verona, ya no acudió a la cita. Continuamos el trato, sin embargo, por medio de la correspondencia, que él prodigaba, para agradecer el envío de cualquier libro y para comentar publicaciones y noticias. Y hablábamos por teléfono de cuándo en cuándo. Llegué a pedirle, con motivo de las II Jornadas Hispánicas de Derecho Natural, celebradas en Córdoba en 1998, que junto con el malogrado Giancarlo Giurovich se ocupara de ofrecer el panorama de los estudios de derecho natural en la cultura jurídica italiana contemporánea. No lo pudo hacer, pues tal año sufrió precisamente un bache de salud, del que luego se recuperó, aunque nunca plenamente, y ni siquiera nos acompañó a Córdoba, donde el profesor Giurovich dejó constancia de su acribia y laboriosidad.

Con Don Composta las afinidades eran todas, en filosofía, teología, historia, política y hasta liturgia. Le recuerdo ligado al rito romano antiguo, y sé que, precisamente por ello, no se libró de algunas de las trabas y obstáculos que doquier la Iglesia posconciliar ha erizado contra esa liturgia venerable. En ocasiones me hizo la confidencia de los problemas que se le habían producido en sus viajes por la pretensión de forzarle a la concelebración, que no quería. A Danilo Castellano le he oído contar, en este sentido, la particular alegría con que celebró en tal rito tridentino en 1995 la misa de apertura del Congreso de Amigos de «Instaurare», en el santuario friulano de Madonna della Strada,

coincidiendo con el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, lo que —dijo públicamente— consideraba una gracia particular. Lo mismo podría decir de ciertos juicios, expresados con exquisita cautela y valentía al tiempo, a propósito de la crisis conciliar.

Filosóficamente nos dejó notables obras en cada uno de los ámbitos que cultivó. Así, se le debe una notable historia de la filosofía antigua (Roma, 1985), de corte metafísico y no simplemente manualístico, así como un estudio sobre el libro XII de la Metafísica de Aristóteles (Turín, 1961) y más ampliamente un ensayo sobre la experiencia metafísica del ser en Aristóteles (Roma, 1997). En cuanto a la filosofía moral deben destacarse sus libros sobre trabajo y liberación (Rovigo, 1978), filosofía moral y ética social (Roma, 1983), intersubjetividad y moral (Nápoles, 1999) y, sobre todo, la nueva moral y sus problemas (Roma, 1990). De todos estos libros podrían decirse muchas cosas. Bastará sin embargo un mínimo apunte. Así, del primero, que destacaba la primacía del espíritu en una coyuntura dominada por el materialismo. Del segundo, que mereció la traducción inglesa. Del tercero, que demuestra la continuidad de la preocupación del autor por la moral. Y del último, que gozó del aprecio del Santo Padre, viene a ser un índice de lo que la encíclica *Veritatis splendor*, posterior en tres años, tan oportunamente sacó a la luz en medio de una gran discusión. Jurídicamente tenemos sus dos volúmenes de filosofía del derecho (Roma, 1991 y 1994), así como el destacado sobre naturaleza y razón (Zurich, 1971), que tantas dificultades hubo de vencer para ver la luz, a causa del progresismo ambiental que despreciaba el concepto de naturaleza y, consiguientemente, de derecho natural. Quizá este libro sea el más significativo de la producción de su autor en sede filosófico-jurídica, pese a contar también con textos tan eruditos como el dedicado a la noción de *moralis facultas* en la filosofía jurídica suareziana (Turín, 1957) y tan actuales como el de la normatividad de la familia (Roma, 1987). Finalmente, no puede olvidarse su tratado de derecho teológico, probablemente el primero, titulado *La Iglesia visible*, aparecido en Roma el año 1985 y al que puso presentación el cardenal Ratzinger. Contra la tesis protestante, tan extendida tras el Concilio, en virtud de la cual la Iglesia de Dios libera de todo derecho, Don Composta sostuvo no sólo la legitimidad necesidad del derecho de la Iglesia, sino incluso su necesidad, y en una perspectiva más equilibrada que la de Hans Barion afirma que la teología del derecho no debe tener miras hegemónicas sobre la dogmática, aunque tampoco debe ceder a la tentación del aislamiento, sino que debe abrirse a la fecunda colaboración con la teología para así asegurar mayores conquistas teológicas tanto como jurídicas.

Históricamente, sus conferencias, reseñas (pienso las que generosamente hizo para *Instaurare*, revista a la que tanto quería, como la queremos nosotros, de los libros de Jean Dumont editados por iniciativa de la Fundación Elías de Tejada) y artículos evidencian que tenía no sólo una profunda visión teológi-

ca de la historia, en la que la civilización cristiana —la Cristiandad— tiene puesto destacado, sino que comprendía muy bien y apreciaba la singularidad de la *christianitas minor* hispánica. Quizá de ahí venía su simpatía por nuestro mundo, de la que tantas muestras tengo.

Don Composta era un sacerdote ejemplar, firme e inmovible en sus posiciones, de las que no hacía agresiva bandera personal, sino generosa oferta a quien quisiera oírle y sobre todo seguir su ejemplo. Sereno y sensible, pocas veces he visto una firmeza mejor custodiada por la caridad. También, generoso, era militante. De ahí que además de estudioso profundo de variados intereses y ricas competencias, siempre estuviera dispuesto a colaborar con las obras opuestas a la «autodemolición» eclesial y política. Desde que la conoció, leyó *Verbo* con entusiasmo, donde en ocasiones dimos cuenta de sus trabajos, y donde contamos en una ocasión con su colaboración. Lo mismo podría decir de la faternal revista argentina *Gladius*, que por intermedio del querido Alberto Caturelli tradujo un bien interesante ensayo de Don Composta crítico del liberal-democratismo. Pero quizá sea la antes mentada *Instaurare* donde podamos hallar un mayor número de contribuciones de este género. Dirigida por Danilo Castellano, son —una y otro— uno de los pilares de la tradición intelectual católica en medio de las derivaciones modernistas y liberales que la han minado. Nunca han sido frecuentes personas del temple y categoría del padre Composta. Hoy, por desgracia, comienzan a resultar inauditas.

MIGUEL AYUSO